

---

## CONFERENCIA X.

---

### LA REFORMA.

Lutero quebranta la Iglesia comparándola á su ideal. —Como se concilian en los reformadores el espíritu de servidumbre y el espíritu de la libertad.—¿La reforma es sólo negativa?—Primera piedra de la fundación del mundo moderno.—Un nuevo grado en el mundo del alma.—Causa de la tristeza del protestantismo.—El hombre no puede acusar ya á nadie sino á sí mismo.—La reforma y la revolución francesa.—Condición actual del protestantismo.—¿Sobrevendría el fin de las cosas si la Biblia fuese arrebatada al hombre?

La reforma suscita frecuentemente en contra suya á los creyentes y á los excépticos; unos la acusan de revolucionaria, otros de tímida. Cuando los filósofos quieren darse por un momento el placer de la ortodoxia, condenan á su vez el cisma que ha roto la unidad del mundo moderno. No los imitaré, y para que nadie interprete torcidamente mis palabras, diré ante todo que no soy protestante, ni supongo á nuestro país llamado á serlo.

Nada más imprevisto en la historia que la

manera como la Iglesia se vé herida en el siglo diez y seis: se construye su monumento de triunfo en San Pedro, se adorna anticipadamente para un jubileo. ¿Cuál es, pues, la fiesta que se prepara? Los mejores artistas del mundo trabajan sin descanso para este día. Con serenidad sublime decora Rafael las salas del Vaticano para estas nupcias eternas. Miguel Angel, en la casa de San Pedro, pone la tiara sobre la frente de la Iglesia visible. Todo está presto. ¿Qué habrían hecho aquellos hombres si alguien les hubiese dicho «abandonad esa pompa; la Iglesia á quien acabais de adornar para un siglo de fiestas va á ser desgarrada; la mitad del mundo va á emanciparse de su poder; un pobre monje le quitará muchos pueblos en pocos días; la pintais triunfante, cuando sería necesario vestirla de luto?» Sin duda se habrían burlado de estas palabras; pero sus obras debían quedar y sonreír eternamente como una sublime ironía de la Providencia.

Propiamente hablando, la Iglesia no careció nunca de reformadores. De siglo en siglo aparecen hombres que, sorprendidos por la decadencia del espíritu, crean sociedades nuevas que sirvan de modelo á la antigua. San Benito, San Bernardo, San Francisco, Santo Domingo, fundando distintas órdenes é instituciones, trabajan para reparar la vida á medida que amenaza desaparecer. Durante cierto tiempo, cada una de estas órdenes dá su impulso al catoli-

cismo; pero despues, contagiadas del mal que combaten, se detienen, degeneran; ya no son conocidas; es menester reemplazarlas con otras. Como nada cambian en el fondo de las cosas, recaen inevitablemente en la misma decadencia y perecen por el mismo vicio. Muestra lo ineficaz del remedio la necesidad de reiterarlo. Las órdenes, aglomerándose unas sobre otras en su rápida declinacion, comprimen cada vez más el vuelo del espíritu. Por manera que cada una de esas instituciones, despues de dar un momento de vida á la Iglesia, sólo sirve para embarazarla con su muerte; tentativas que alcanzando exclusivamente á la superficie, y adulterándose prontamente ellas mismas, aumentan el peligro. La reforma de ayer es la corrupcion de hoy.

¡Fatalidad extraña! De siglo en siglo los reformadores, para sustraerse á los ataques del tiempo, á las exigencias del mundo, se ocultan cada vez más en la soledad. Levantan en torno de los monasterios altas y gruesas murallas; no dejan sino una puerta para comunicarse con la Iglesia, y despues de algun tiempo y sin que se sepa como, véense invadidas por todo lo que querian alejar, el mundo, la rutina, la inercia del alma.

¿Qué habia de hacerse, pues, si el espíritu debía ser renovado? Ya que se habia apelado sin éxito á la soledad, al retiro; ya que las altas murallas de nada habian servido, faltaba ensayar una cosa, y era el romper las comunicaciones con

la Iglesia visible, renunciar por un momento á toda la tradicion, morir á todo el pasado, no conservar en este naufragio voluntario más que un libro, despojarse, no del manto ni de las sandalias como las órdenes mendicantes, sino de quince centurias de recuerdos. Ya que la corrupcion se adhería fatalmente á las reformas intentadas en lo interior de la Iglesia, era necesario que el espíritu se hallase sólo consigo mismo, al descubierto; en esto consistía la salvacion de la vida moral. De un lado, el cuerpo material de la Iglesia en su casa de piedra; de otro, el alma sola, surgiendo del sepulcro que se rompe; separacion que se asemeja á la muerte, pero á la muerte que engendra el porvenir.

¿Cual és, en la cristiandad, el pueblo que entrará primeramente en este aislamiento? Las naciones del Mediodia han obligado frecuentemente á la Iglesia á conmoverse; pero se siente en su cólera misma un fondo inmutable de obediencia; se irritan, acusan, perdonan adoran lo que han combatido, y cuando Roma cristiana ha sido vencida, siguen atadas al recuerdo de la Roma pagana. Para marcar bien la grandeza y la novedad de la revolucion religiosa, dará la señal una raza nueva. Vereis desde el principio que la escision es irrevocable, que el génio, la lengua, el temperamento, el destino de una nueva familia de hombres se levantará entre la vieja y la nueva Iglesia para impedir que la reconciliacion se verifique demasiado pronto. Cuando la

Providencia quiere que un pensamiento entre en el mundo para no volver á salir de él, le hace el alma de una nueva raza humana, deposita previamente su gérmen en los instintos más antiguos. Si quereis suprimir la reforma, romped ántes el molde en que han sido vaciados desde su origen los pueblos germánicos. No va á manifestarse en el mundo el capricho de un hombre, sino el pensamiento del Creador.

Hay quien se asombra de las inconsecuencias de Lutero, siendo así que constituyen la mayor parte de su poder. En el cisma de los griegos, todos sabian, al comenzar, donde se detendrían. Lutero nada sabe; se precipita con la cabeza baja, y en su fogosidad, en que se confunden éxtasis, injurias, terrores súbitos, violencias sublimes y vulgares, mezcla el cielo y la tierra; es una fuerza que no quiere conocerse. Siéntese en él la naturaleza del viejo germano que se despierta; desde que se divide contra Roma, lanza el antiguo grito de guerra de los Bárbaros; la venganza aplazada desde los tiempos de Alarico, renace de sí misma.

Únese á esta especie de furor un fondo de paz que procede de la seguridad de la victoria: está sólo contra el pasado, pero ¡con cuántos aliados invisibles cuenta! Toda la tierra de Alemania conspira á su favor; el señor, la gleba. Al principio cree que sólo ataca el tráfico del alma, bajo el nombre de indulgencias; un poder superior le impulsa; no se detendrá tan

pronto. Poco despues ya está en guerra con el papa-do que le excomulga, y este anatema le arrastra á otros. A cada anillo que rompe se obstina en romper el siguiente. La vieja Iglesia edificada tan lentamente de siglo en siglo, desaparece de año en año. Con lógica inexorable, cultos, celibato del clero, órdenes religiosas, todo lo que formaba el cristianismo visible cae por sí mismo.

Porque no se trata de un reformador vulgar; en su deseandamiento guarda una razon suprema. Compara la religion agobiada bajo las obras de piedra, al Evangelio en su fuerza primitiva. Tiene en su mano un libro que es para él el libro del juicio, ante el cual hace comparecer á la Iglesia moribunda; pécala en esta balanza como en la mano de Dios; confronta cada cosa con su original, y es indudable que con este principio absoluto, no podia hallar gracia ninguno de los cambios traídos por el tiempo. La creación misma debería destruirse si se la comparase á lo que pudiera ser en el pensamiento del creador.

Pero marchando de ruina en ruina ¿no parará el terrible destructor ántes de llegar al fondo del abismo? Se detendrá ante el libro que le ha servido para condenar y destruir todo lo demás. Juzgadas la Iglesia y la naturaleza en nombre del ideal, el pasado está vencido, la cólera cesa, el Lutero rebelde desaparece. Sale de este cáos un alma conmovida, subyugada, arrodillada sobre las ruinas del tiempo, delante de un libro abierto.

Lutero no se inquieta del vacío que hace; un mundo nuevo renacerá sobre el fundamento del Evangelio; una página escrita le separa del abismo, y esto basta para quitarle el vértigo. Pero ¡gran doctor! si el viento del abismo arrastra, por casualidad, esta página, si despues dé haber destruido la Edad-media en nombre de la Biblia, os es arrebatada alguna vez por el espíritu que vos mismo habeis desencadenado, ¿que sucederá? ¿Sobrevendrá el fin de las cosas? Habeis remontado el mundo cristiano á su ideal. En esta cumbre hay dos pendientes: ¿qué sería, si uando pensais conducir la tierra á San Pablo la impulsáseis en realidad hácia Mirabeau y el *vicario saboyano*?

Todo el mundo ha visto en Lutero dos génius diferentes; uno que rompe los lazos del pasado; otro que niega la libertad del hombre. ¿Cómo han podido alternar en el mismo espíritu dos principios tan opuestos, la emancipacion y la servidumbre? ¿Débese esto á un singular capricho, á la casualidad? No; es una idea comun á todos los reformadores desde Wicklef hasta Calvino: he indicado yá en que se tocan esos dos sistemas contradictorios y por que manera el hombre, al salir de la Iglesia romana, habia llegado al extremo de tener que pasar por la servidumbre para gozar nuevamente de la libertad. El verdadero medio, en efecto, de zapar por su base la vieja Iglesia consistia en afirmar que la multitud de sus obras de nada sirve, que Dios

solo obra, que nada deja por hacer al sacerdote.  
P. ¿A qué la intervencion del clero, sus ceremonias,  
sus sacramentos, si está demostrado que todo lo  
que procede de la tierra es incapaz de mérito?  
¿Para qué sirve el sacrificio de la misa, si se demue-  
stra que todo está predestinado y encerrado  
en el primer sacrificio del Gólgota? Con una sola  
palabra destruye el poder de la Iglesia. Consi-  
derad que para arrancar al hombre á ese resto  
de autoridad, fué necesario un esfuerzo extraor-  
dinario. Lutero y Calvino lo precipitan en Dios  
y en él desaparece: sin voluntad, sin libertad,  
anegado en ese mar sin fondo, no ofrece ningun  
punto por donde la Iglesia se apodere nueva-  
mente de él.

¿Quién creará que haya sido preciso, en cier-  
to modo, sepultar vivo al espíritu humano para  
sustraerlo al sacerdocio del pasado? Sin embar-  
go, tal es la verdad.

Los reformadores para despojar al sacerdote,  
despojan al hombre, es decir, dan directamente  
á Cristo todo lo que la Iglesia se atribuía. Si la  
reforma se hubiera cumplido en nombre de la  
libertad humana, nadie duda que la Iglesia la  
hubiera abrumado inmediatamente en nombre  
del espíritu evangélico. Pero ¿qué responder á  
una revolución que desde el primer momento toma  
toda su fuerza en el exceso mismo de la humil-  
dad cristiana? ¿En dónde se había visto cumplir-  
se una revolución á *la sombra de la voluntad  
divina*, como dice Calvino? Se emancipaba al hom-

bre de la Iglesia, pero la libertad conquistada  
se entregaba en el acto á Dios: de modo que en  
este gran asunto, el hombre no tenía, por decir-  
lo así, ningun interés directo. El debate se ven-  
tilaba entre el cielo y la tierra: tratábase solo de  
reintegrar al uno de las usurpaciones de la otra:  
la voluntad humana se guarecía en la plena so-  
beranía de Cristo, como en política la libertad  
de todos en la soberanía absoluta del rey.

¿Es verdad que Lutero no haya hecho nada sino  
destruir y negar? De cada hombre hace un papa  
y un concilio; fortalece la autoridad del indivi-  
duo, y con esto realiza uno de los principios vi-  
tales del cristianismo. Antes, contentábanse con  
decir que cada alma humana era de inestimable  
valor, que ocuparía su rango en el cielo, que  
pesaría entonces tanto como el mundo, pero se  
aplazaba para despues de la muerte el reconoci-  
miento de este poder.

Queríase que, en tanto durase la vida terres-  
tre, estuviese el alma encadenada por la sociedad  
como por la naturaleza. ¿Qué eran en presencia  
de la comunión de los siglos un pensamiento,  
una opinion, una voluntad privada? Del mis-  
mo modo que el cuerpo debía ser macerado  
bajo el peso de la naturaleza, el alma debía ser  
macerada bajo el peso de la sociedad pasada y  
presente. El género humano era como el sepul-  
cro, en el cual se necesitaba que el pensamiento  
de cada hombre muriese á toda idea particular.

Lutero emancipa al individuo de esta pasión,

le liberta de esta cruz, le dá en la tierra la libertad, la autoridad, el valor íntimo que la Iglesia sólo reconocia en los muertos; ó más bien, hace de todo hombre una Iglesia inviolable: resurreccion anticipada del hombre en el mundo. Aunque tuviera, dice, en contra mia mil San Agustines, mil San Ciprianos, ¿qué importa? ¿Es esto dudar? Nó, es afirmar la vida en su foco más íntimo.

Trabajamos hoy por desembarazarnos del peso del universo material, armamos á la naturaleza contra la naturaleza; pero antes habia otro fardo que levantar, más pesado que el del mundo visible. Figúrese á cada una de las almas abrumada por la autoridad de todas las otras. Tal era la constitucion del viejo mundo moral. No bastaba borrar la autoridad de los siglos con un discurso, un teorema; necesitábase un hecho, una accion viviente, mostrar como el derecho de cada hombre, de cada instante, es en sí tan imprescriptible como el derecho del género humano y de toda la eternidad: hé aquí la obra de Lutero. Acude á la dieta de Worms, ante lo que la tradicion tenia de más temible, el Emperador y el Papa. ¿Qué opone á esas dos potencias que resúmen todas las fuerzas del pasado? Poca cosa, y no obstante lo que hay de ménos negativo, de más real en el mundo, dígase lo que se quiera ¡un gran corazon! El pasado se rompe contra esta fuerza; el poder temporal y el poder espiritual se reunen para asistir á su derrota; vuelve á entrar el al-

ma en la sociedad moderna, y el derecho del individuo se establece con tanta solemnidad que en adelante no se podrá pensar en destruirlo. Está puesta la primera piedra del mundo moderno.

¿Cómo no se vé que si la reforma ha quebrantado á la tierra, ha fortalecido al hombre? Preparó las tempestades, pero dando á todos el medio de sobrevivir á ellas. Antes que estallasen las revoluciones modernas era necesario que todos sintiesen que llevaban en sí mismos un mundo indestructible, y queaunque la vieja sociedad pereciese, sobrevivirian al desastre. Dejemos, pues, esas quejas afeminadas acerca de la caida de la unidad, acerca de la division de Europa que estaba ya dividida, acerca del divorcio del Norte y del Mediodía que estaban ya separados. Sin duda es sensible que la catedral de Colonia no siguiera engrandeciéndose; pero es aún más necesario que el hombre se termine y edifique hasta la cúpula. Habeis perdido el sendero de las leyendas, el recuerdo y el hilo de la Edad-media, la corona del César de Roma, es verdad, pero ¿no es nada haberos encontrado á vosotros mismos? La pretendida unidad del mundo en la Edad-media, era un símbolo, un boceto; es preciso que la sombra pase, que el boceto se borre para que la obra se acabe; preférese la promesa anticipada al cumplimiento laborioso? Hé aquí toda la cuestion entre la Iglesia de la Edad-media y el mundo moderno.

La reforma no se limitaba á constituir al in-

dividuo, le obligaba á dar un nuevo paso en el mundo interior. Porque lo que entorpecía sobre todo la mision de los reformadores en la Iglesia de la Edad-media, era el pensamiento de que el sacerdote podia, en cierto modo, ligar á Dios á un objeto exterior, á una hostia expuesta. Veian en esa autoridad del sacerdote una especie de incautacion de la materia. Ellos, por el contrario, hacian surgir la presencia divina del fondo de la creencia, todo se cumplia en el alma. El misterio no ofrecia ningun punto visible: el espíritu se comunicaba con el espíritu: la naturaleza y el sacerdote se retiraban, y mientras la Iglesia de la Edad-media buscaba cada vez con más empeño á su Dios en lo exterior, la Iglesia nueva le buscaba cada vez más en lo interior: sólo esto señalaba un nuevo grado en el mundo del alma.

Si el génio de Lutero hubiera sido sólo á verifcar la reforma, se habria podido creer que el movimiento se disiparía por su misma violencia. Es necesario que encuentre por barrera un espíritu opuesto que, conteniéndole, le impulse á sus últimas consecuencias. Dudo que Calvino hubiese comenzado la reforma, pero tenia todas las cualidades indispensables para dar un cuerpo á lo que parecia incapaz de revestir ninguno. El espíritu metódico de Francia termina la empresa de Alemania. Hallais en las más insignificantes palabras de este hombre un no sé que de inexorable, como la fatalidad de lo alto. En medio de la mayor borrasca, de una especie de

tempestad del Espíritu divino, no carece de grandeza la obra de poner á esta fúria límites que no traspasará durante tres siglos, detener y helar el torrente. En las violencias apasionadas de Lutero veis aun al antiguo hijo de la Iglesia: sepárase de ella con el corazon conmovido y la voz temblorosa: antiguos recuerdos le persiguen durante el sueño. Pero en Calvino no reaparece nunca el hombre del pasado: cierra con mano firme la puerta de la Iglesia, y sentís que una vez cerrada por él no ha de abrirse nuevamente.

¡Amarga decepcion de las cosas humanas! La reforma ha triunfado en cuanto ha querido. Han sido suprimidos quince siglos: ya no hay obstáculos para que renazca la Iglesia primitiva. Hé aquí, como en la primera hora del cristianismo, al hombre aislado en presencia del Evangelio. Puede creerse, si quiere, en el dia siguiente á la muerte de Jesús. Creereis que en esa hora nueva va á exhalar un canto de alegría de la Iglesia rejuvenecida; léjos de esto, el distintivo extraordinario de la reforma es comenzar por una queja que á veces linda con la desesperacion. ¡Oh, cuántas cosas enseña la historia en un momento! ¿Porqué no vuelven los antiguos dias? No falta ninguna condicion necesaria. Háse encontrado otra vez el libro por excelencia, el Evangelio: se ha soplado sobre el polvo de los siglos que le cubría: hélo ya en su magestad, en su simplicidad primitiva. Mas ¡ay! para retroce-

der á los primeros dias sólo falta una cosa; el hombre. El ideal es el mismo; pero él ¡cuánto ha cambiado!

En dónde están las aspiraciones, la ingenuidad de los discípulos? ¿En dónde la esperanza, la alegría? Al lado del libro inmortal y rejuvenecido, el hombre se siente doblemente viejo; busca en su corazón el cielo puro de los apóstoles, y no encuentra sino tempestades, inquietud, enojo. ¿Quién impide que se reproduzcan los maravillosos dias de la antigüedad cristiana, que los pensamientos de los primeros Padres no desciendan de nuevo sobre la tierra reparada? ¿Quién lo impide! ¡El sólo! Porque la Iglesia de la Edad-media que lo separaba de la edad de oro del Evangelio, ha sido destruida por él, y se manifiesta patente su impotencia para volver al siglo feliz. Oh tristeza! ¡Oh miseria! no poder acusarse sino á sí mismo.

He aquí el sentido más profundo de la reforma; nada más lúgubre que ese repentino encuentro de la humanidad moderna con su ideal. De aquí la misantropía amarga que revelan las palabras de Lutero, el fin de su vida, de Calvino, de Melanchton, de Bucer y que constituye el fondo de los puritanos, de Cromwel y el alma de la revolución de Inglaterra.

¿Porqué pasarse de la melancolía de sus cánticos? Diríase que eran voces resucitadas que gemían sin albergue entre el cielo y la tierra. La levadura de dolor fermenta en el fondo de

sus poetas desde Milton hasta Klopstock, porque han hecho para tornar á los primeros dias, á la sinceridad, á la alegría virgen de la primera época, el esfuerzo más extraordinario que pueda imaginarse, borrándolo todo sobre la tierra, excepto el día de los Apóstoles. Se han retirado á la gruta de Pátmos, á la casa de San Pablo, aspirando siempre á un pasado más remoto, y cuando sólo les faltaba dar un paso para penetrar en el recinto del siglo venturoso, no han podido hacerlo, detiéndoles una fuerza inexorable. No han podido resucitar ni disfrutar la dicha de que, al parecer, nada les separaba. Desnudos el espíritu y el alma, han ido á golpear, como recién-nacidos á las puertas del Eden. A todas partes llevaron consigo mismos el hombre y el peso del siglo XVI, ¿no es suficiente esto para crearse por siempre un culto de tristeza y de duelo?

Huyendo siempre los tiempos de los Apóstoles, los contemporáneos de Lutero trataron algunas veces de buscarlos en las reformas sociales, pero esos ensayos que traspasaban los límites del espíritu protestante, carecían de verdadera fuerza. Levántanse los campesinos de Alemania, piden que el ideal de justicia que se ha hecho brillar ante sus ojos descienda realmente sobre sus surcos; ese ideal para ser provechoso, debe germinar durante mayor número de años. No se tiene al presente sino un anuncio lejano. Lo que estos no hagan, otros lo harán, dice Lutero, y en efecto, tres siglos despues catorce



ejércitos de campesinos llegan á Francia para cumplir las profecías de Lutero.

El pueblo habla tambien de ese gran utopista, el caballero Franz de Sickingen, el Cid protestante, que á la cabeza de la liga de las ciudades protestantes, trata de aprovecharse del espíritu de la reforma para cambiar el derecho público y social, derribar á los príncipes, impulsar la Alemania á la unidad. Perece en esta obra prematura, y la imaginacion alemana le pinta al pié de los castillos feudales, con la lanza en la mano, soñando y cabalgando en la muerte. Su caballo tropieza en los cráneos y reptiles de los cementerios; pero nada basta á despertarle de su sueño político. (1) Sus largas guerras fueron inútiles: pero en vez de este caballero misterioso, vendrá más tarde otro caballero, que cabalgando de Wagram á Jena, cumplirá á la letra el sueño del primero, mermando, equilibrando las monarquías, abatiendo las viejas murallas, aproximando no sólo las ciudades sino que tambien los pueblos. Napoleon realiza en la vida detalle por detalle, engrandeciéndolo el sueño de Franz de Sickingen en la muerte, y la Revolucion Francesa cumple así lo que en la reforma era una utopía.

A través del cambio de los tiempos ¿en qué se ha convertido el fuego de la reforma? ¿Qué hace

---

(1) Seguirá soñando en Alemania hasta su resurreccion.

hoy? Ha resucitado en el mundo el ideal primitivo; gran cosa ciertamente, pero ¿quién se contentará con ello? Como el catolicismo revolucionario que la precedió en un siglo, se espanta de sí misma; porque á fuerza de contemplar el Evangelio, de profundizarle, sucede, ¡oh dolor! que borra ella misma su libro.

Y hasta tal punto se ha encarnizado en él, ha examinado tan de cerca cada sílaba, que ha, por decirlo así, gastado el texto, y le queda algunas veces entre las manos, ¿osaré decirlo? una página en blanco.

¡Cuántos hombres se ocupan desde háce dos siglos en el pais de Lutero, sin ódio, sin cólera, en borrar algunas líneas del Antiguo y del Nuevo Testamento! ¡Desde Lessin y hasta Strauss cuantas páginas arrancadas y caidas en el abismo! En vista de esa destruccion de la letra la reforma se espanta, quisiera retroceder; Inglaterra se indigna de la audacia de Alemania, no se sabe á donde huir. ¿Cómo salvar el libro sagrado de los ataques del espíritu por ella misma evocado? Se quisiera encerrarlo de nuevo en el santuario católico; pero hay una fuerza superior á todas las lamentaciones. Los mismos que retroceden hasta el dintel del papado están decididos á no franquearles; más en cambio, niégase la reforma á toda innovacion, se petrifica, cierra los ojos ante la tormenta, ó más bien, engañañase con fórmulas, llegado á este punto el protestantismo encuentra tambien su jesuitismo.

¿Y porqué? Porque la reforma habia prometido no reconocer, no adorar sino al espíritu, y hé aquí que no puede mantener su palabra. Espántase á la noticia de que un nuevo crítico, un Wette, un Strauss, un Schleiermacher, acaba de arrebatár una nueva sílaba al Evangelio. ¿Qué sucedería si todos los libros santos desapareciesen de la tierra? ¿Sería preciso creer que el espíritu de Dios se habia desvanecido?

¡Se ha prescindido de la Iglesia para que no haya barreras entre el hombre y Dios! Y ¿quién sabe si algun día no querrá Dios que el mismo libro desaparezca, para que su palabra, el pensamiento, el alma vivan, sin la prision de la letra? Cuando el niño sabe su leccion, el maestro le hace cerrar el libro. Hace diez y ocho siglos el hombre deletrea su ley en el Evangelio abierto: ¿quién sabe si el maestro no desea que la repita en el fondo de su alma sin el auxilio material de las Escrituras? Hace diez y ocho siglos que el hombre se contenta con leer el Evangelio; es necesario que en adelante lo escriba en la superficie de la tierra, en la frente de los pueblos, en la arena, en el bronce, en las instituciones, en los nuevos Códigos. Cuando el libro esté en todas partes, no ya en páginas percederas, sino en obras vivas, nadie se preguntará todas las mañanas al despertarse si algun sábio habrá destruido durante la noche un versículo ó un capítulo. La humanidad estará tranquila respecto del libro santo,

cuando lo haya grabado, impreso en caracteres permanentes en la superficie del mundo: ni el viento ni la crítica le arrancarán más hojas.

Con el rostro pálido y consternado os inquietais por San Márcos y San Lúcas; velais y temeis que al suprimirlos no se os olvide como á un erudito la historia de Dios. Tranquilizaos. ¿Qué teneis que temer? Todo pueblo cristiano debe ser un evangelista inmortal.

Así la reforma pierde sus fuerzas el día en que le infunde miedo el espíritu por ella lanzado al mundo: sin confesárselo, algunas veces conspira contra él con su antigua enemiga.

¿Dónde está hoy el alma de Lutero? En el siglo, más bien que en la Iglesia reformada. Sigue-se de esto que catolicismo, protestantismo, todas las Iglesias particulares se funden yá á pesar suyo en una sociedad más vasta. Hemos visto que la potencia espiritual, el terrorismo de Gregorio VII ha pasado á la Convencion, ¿pero Lutero mismo, con su génio rebelde no ha ejercido ninguna influencia en la revolucion francesa? ¿quién lo puede creer? hé aquí los dos principios contrarios. Gregorio VII y Lutero, que fermentan en los mismos corazones, en las mismas asambleas, en la misma revolucion; signo palpable de que el porvenir, elevándose, puede conciliar lo que todo el pasado separó.

¿En dónde se efectuará la reunion? El protestantismo señala la época de los apóstoles, pero ha mostrado por espacio de tres siglos que es

incapaz de resucitarla: el catolicismo, señala la Iglesia de la Edad-media, pero el mundo no quiere retroceder hasta allí. Planteada así la cuestión las conferencias son inútiles. No es en el pasado, sino en el porvenir donde debe verificarse la alianza.

El católico en nuestros días no tolera ni aún la idea de que el protestante, después de su muerte, yazga en el mismo polvo que él; si esto sucede por equivocación, desentierra y lanza lejos sus cenizas. El último término de la barbarie se da aquí la mano con el último término de la impiedad, puesto que no se quiere ni aún la fraternidad del grano de arena y se pone un empeño obstinado en desesperar de la eternidad. ¡Estáis separados en un instante del tiempo; guardad al menos los siglos de los siglos para reconciliaros!

¡Hoy el catolicismo no hace la guerra á la reforma! la cree medio vencida y triunfa anticipadamente. Sin embargo, debe reflexionar. Lutero envejecido puede espantarse de su obra: Melancton agotado puede llorar; pero el género humano es por sí mismo un inmortal reformador. Si llora como Melancton, no son lágrimas de desfallecimiento ó de pavora.

---

## CONFERENCIA XI.

### AMÉRICA Y LA REFORMA

Dáse el nuevo mundo á un espíritu nuevo.—Cristóbal Colon, misionero é innovador.—Su heregía más verdadera que la antigua ortodoxia.—La Iglesia de la Edad-media en América queda inferior á la religion y al ideal de Colon.—Lucha del catolicismo y de la reforma en el antiguo y nuevo mundo.—La monarquía española, expresion política del catolicismo moderno.—El Escorial.—¿Porqué la Inquisicion ha sido una institucion peculiar de España?—Como ha comprendido la Península la union de Cristo y de Mahoma en la religion y en la política.—Santa Teresa, acento de los pueblos del Mediodía.—El protestantismo se defiende con instituciones en el Norte.—La revolucion de Inglaterra.—El alma de la reforma en una sociedad feudal.—¿En dónde está el ideal de la constitucion inglesa?—El principio social del protestantismo acaba de realizarse en la democracia de los Estados-Unidos.—El Catolicismo en la América meridional.—Principio de contradiccion en las Repúblicas del Sur.—De la unidad moral que buscaba Colon.

La reforma largo tiempo preparada se ha cumplido, y acontece á la vez que un nuevo mundo surge del fondo de los mares, como si el Creador, extendiendo su obra, hubiera querido mostrar al hombre que era llegada la hora de extender y renovar su espíritu. Porque no tan sólo